

El contexto social de la epidemia depresiva

Berardi, Franco

Salud / Sociedad

En su libro *La fatiga del ser uno mismo*, Ehrenberg parte de la idea de que la depresión es un disturbio para comprender un contexto social. En un contexto altamente competitivo como el actual, el síndrome depresivo produce una espiral infernal. La depresión resulta de una herida narcisista, esta herida reduce la energía libidinal invertida en la acción y, por consiguiente, la depresión se refuerza por el hecho de que ésta provoca una caída del activismo y de la capacidad competitiva.

“La depresión se afirma cuando el modelo disciplinar de gestión de los comportamientos, las reglas de autoridad, de conformidad que los interdictos que asignaban a las clases sociales un destino han dejado paso a normas que incitan a cada uno a la iniciativa individual, intimando a las personas a volverse sí mismas. Producto de esta nueva normatividad, la entera responsabilidad de nuestra vida se coloca, no sólo en cada uno de nosotros, sino también en el espacio colectivo. La depresión se presenta como una enfermedad de la responsabilidad en la que domina el sentimiento de insuficiencia. El depresivo no está a la altura, está cansando del deber de ser sí mismo” (Alain Ehrenberg, *La fatiga de ser uno mismo*).

No es sorprendente el hecho de la depresión en la época en la que se afirma como dominante una ideología de tipo empresarial y competitiva. Desde el comienzo de los años 80, luego de la derrota de los movimientos obreros y de la afirmación de una ideología de tipo neoliberal, se ha impuesto socialmente la idea de que todos debemos considerarnos emprendedores. A nadie le está permitido concebir la propia vida según criterios más relajados e igualitarios. Quien se relaja corre peligro de terminar en la calle, o en hospicio, o en la cárcel. Las llamadas reformas liberales que le fueron impuestas ininterrumpidamente a una sociedad cada vez más fragmentada, derrotada, impotente para reaccionar, obnubilada por la ideología predominante, tienden a destruir toda seguridad económica para los trabajadores y a exponer la vida de éstos al riesgo empresarial. En otro tiempo, el riesgo era un atributo de los capitalistas, que invertían dinero sobre sus propias capacidades y de ahí obtenían enormes beneficios o dolorosos fracasos. Pero el riesgo económico era un asunto de ellos. Los trabajadores oscilaban entre la miseria y el relativo bienestar, pero no estaban estimulados a arriesgarse para

obtener más. Pero hoy "somos todos capitalistas", como imponen los ideólogos de las reformas, y entonces todos debemos arriesgarnos. Las pensiones ya no se corresponden más con un ahorro efectuado durante la vida laboral, sino que están ligadas a los fondos de pensión que pueden rendir sumas fabulosas o bien fracasar miserablemente dejándonos en la miseria en la edad senil. La idea esencial es que todos debemos considerar la vida como un emprendimiento económico, como una competición en la que hay quienes vencen y, también, quienes salen derrotados.

"El creciente valor de la competencia económica y de la competición deportiva en la sociedad francesa ha promovido un individuo-trayectoria continuamente a la conquista de su identidad personal y del éxito social, encargado de superarse en una aventura empresarial. A partir de los años 80, la depresión entra en una problemática en que domina no tanto el dolor moral cuanto la inhibición, el enlentecimiento y el desaliento: la vieja pasión triste se transforma en una incapacidad de hacer en un contexto en el cual la iniciativa personal es la vara con la que se mide a la persona". (Alain Ehrenberg, *La fatiga de ser uno mismo*).

El análisis de Ehrenberg diseña una genealogía de las patologías depresivas en la época de empresarialización generalizada. Sería interesante una lectura sintomal de este libro y del libro que recoge el seminario de Foucault de 1979 cuyo título es *El nacimiento de la biopolítica*: también Foucault reconoce en la propagación del modelo económico de la empresa en las formas de vida y de pensamiento el rasgo decisivo de los años en que se afirma el totalitarismo liberal.

"En la empresa, los modelos disciplinarios de tipo fordista dejan su lugar a normas que impulsan al personal a comportamientos autónomos. Gestión participativa, grupos de expresión, círculos de calidad constituyen las nuevas formas del ejercicio de la autoridad tendientes a inculcar el espíritu de empresa en todos los asalariados. Los modos de regulación y de dominio de la fuerza de trabajo se fundan menos en la obediencia mecánica que en la iniciativa: responsabilidad, capacidad de evolucionar, de elaborar proyectos, motivación, flexibilidad delinean una nueva liturgia administrativa. Se trata menos de someter los cuerpos que de movilizar los afectos y las capacidades mentales de todos los trabajadores. Las obligaciones y los modos de definir los problemas cambian: desde mitad de los años 80, la medicina del trabajo y las investigaciones sociológicas en empresas observan la nueva importancia de la ansiedad de los disturbios psicosomáticos o de las depresiones. La empresa es la antecámara de la depresión nerviosa".

En los años 90 explota una nueva moda farmacológica: sustancias como la sertralina (Zoloft) o como la Fluorexina (Prozac) invaden el mercado. A diferencia de las benzodiazepinas –la familia de la que parten el Diazepan (Valium) o el Bromazepan (Lexotanil)–, estos nuevos productos no tienen un efecto hipnótico, relajante y ansiolítico, sino, sobre todo, un efecto euforizante, volviendo posible un desbloqueo de la inhibición que constituye una de las características de comportamiento de la depresión.

A mitad de los 90, la década que dio el máximo impulso a la economía cognitiva y que requería de una movilización total de las energías mentales del trabajo creativo, nació el Prozac, una verdadera mitología. Este producto se vuelve (y es todavía) uno de los más vendidos en las farmacias de todo el mundo. Toda la clase dirigente de la economía global entró en un estado de constante euforia de psicoalteración. Las decisiones económicas de la clase global son un reflejo fiel de las sustancias que le permitieron a quienes tomaban las decisiones ver sólo el aspecto eufórico del mundo e ignorar perversamente los efectos de devastación determinados por la euforia económica.

Por años se tomaron decisiones esenciales con las neuronas invadidas de Zoloft y tras haber engullido millones de comprimidos de Prozac. En un cierto punto, luego de la crisis financiera de la primavera de 2000 y de la crisis política del 11 de septiembre de 2001, la clase dirigente mundial entró en una fase depresiva. Para encontrar una cura al propio abismo interior, o para remover la verdad depresiva de una derrota ética, la clase dirigente mundial se inyectó una nueva y peligrosa sustancia: la guerra, anfetamina útil para relanzar la agresividad destinada, sin embargo, a destruir los residuos de energía del planeta y de la humanidad.



Autor: Franco "Bifo" Berardi

Fuente: Extraído de su libro Generación Post-Alfa: patologías e imaginarios en el semicapitalismo.

